

## LOS ROSTROS DE MI MADRE

*“... con los pedazos que recoges  
de tu sombra”*

Ángeles Mastretta

Los confines de la infinitud están íntimamente relacionados con los designios azarosos del destino, en analogía con la repetición perpetua de una imagen, trastocada y corrompida, por sucesos acontecidos de manera brusca que perturba las emociones, o en otras palabras, la vida misma.

Todo aconteció a los pocos meses del fallecimiento de mi madre, la delimitación de los días en la infancia son confusos e irrealizable poder situarlos a través de la introspección, cuando yo tenía alrededor de seis años. Hoy en día, tratando de rememorar, pequeños cuadros pintados en acuarela con colores opacos sin definir son los únicos retratos que poseo de mi madre en vida. Ella recostada en un rincón, en camión y apenas despeinada, sufriendo por su enfermedad siendo observada desde el ángulo inferior de mi mirada. Ella gritando cuando yo descendía por la puerta trasera del colectivo, mientras el conductor, al no verme, cerró la puerta y me aprisionó. Ella, sin verme, sonriendo con mi padre... y nada más. Solo segmentos de un todo, pero los suficientes para que dejen una huella, o un hueco, en la pared de los retratos de mi madre. Aquella pared vacía, que solo sostiene la suciedad que se aprisiona en sus poros y que deja exhibir el vestigio de que allí hubo una vez un cuadro, y ahora no está.

El como llegó la información de que las membranas fúnebres habían actuado en el seno de mi familia quizás sean las causantes de esta pertinacia perenne. Esa es otra piedra mohosa en la formación de mi sensibilidad, pues su recuerdo me resulta ignorado y aún hoy, ya maduro, esta marchito en lo más recóndito.

Todas estas premisas llevaron ineludiblemente a las pesadillas, que no cesan y repiquetean todas las noches, dándome la oportunidad de deliberar si aquello que sucede es real u onírico. Y ella esta allí. En cada una de ellas. Primero fueron sueños confusos donde aparecía en la oscuridad de la

habitación, en el rincón donde la luz no penetraba, solo mirándome, difusa, apenas perceptible del resto de los muebles, con esos ojos completamente negros e inquisitorios que indagaban con hedor a muerte, a muerte rencorosa. En esos sueños solo la observo, y ella no avanza, solo permanece inmóvil en el rincón apenas delineando su silueta, mientras yo la advierto primero asustado, y me duermo a causa del sueño después. Cuando despierto...ya no esta.

Otra vez, otra noche y vuelve a estar allí. Siempre estaba allí. Expectante, con ojos de nada, vacíos, reflejando solamente mis ojos. La nombro en un susurró *¿Má?*, pero no responde. Otra vez me dormía y luego otra vez no estaba. La tenue luz infiltrada por debajo de la puerta y las pocas líneas que emergían a través de la ventana la figuraban en la profundidad de la habitación: su pelo negro enrulado, cadavérica, sufrida, con sus facciones inexpresivas. Su camisón y sus pies se perdían en la bruma de la oscuridad ponderando sus labios resecaos y amoratados que conferían al miedo una superioridad extraña. Esa máxima emoción manifiesta que se presenta espeluznante: llevar al extremo de la irracionalidad lo conocido, para que arrastre las murallas de lo ignorado... y aterrorice. Mientras tanto, *¿Era ella?* Lo era, pero a la vez no. *Má, me voy a dormir* le suspiraba, y las sábanas cubrían mi visión hasta la mañana siguiente.

Luego de aquel sueño sobrevino el terror: cuando mi madre empezó a disponer del espacio y a afianzarse en este. Primero la encontré una noche arrodillada, estirándose los pelos y apretando su cabecita, sufriendo por su muerte, un dolor pujante, ahogado, sin voz. Cuando la vi sollozar me levanté inmediatamente de mi cama para abrazarla, pero ella ejerció en fracción de segundos ciertos ademanes violentos que me dejaron paralizado: alzó la cabeza, su cabeza blanca de muerte, dejando ver el fluir de su respiración, mientras exponía sus ojos abiertos en demasía y extendía su brazo difunto, sin poseer el completo control sobre él, con lo cual además de rechazarme me hundié en la cama llorando de terror, apretando los párpados y esperando que esa percepción nocturna que te obsequian se esfume y me permita no volver a verla. Tenía miedo, más aún, terror a mi madre. A su rostro muerto, y a sus ojos desvanecidos.

La memoria me frustra al desconocer si le he comentado estas visitas nocturnas a mi padre, aunque el entendimiento insiste con su respuesta negativa. Negativa en las bifurcaciones hacia los escapes que podría tener, porque los rostros siguen allí, agobiando. De igual manera, los últimos encuentros fueron de resultado funesto, permitiendo cada vez con mayor agrietamiento la penetración de la oscuridad a la ya incubada en la habitación. Así, noche tras noche, mi madre aparecía llorando, y ante la imposibilidad de acercarme, al verla con aquellos ojos irascibles esa noche, solo me quedaba observándola acostado desde mi cama. Quizás eso pretendía, que simplemente la observe. Pero no, ciertas ilusiones no deben llevar consigo la esperanza, ya que depositan sino en sus entrañas intereses incontrolables con suficiente autoridad como para destruir. Estas líneas tal cual ocurrieron.

Las visiones continuaron sombrías e infames, hasta que durante una noche apareció mucho más cerca, junto al ropero, y luego otra noche junto a la silla, junto al baúl. Finalmente se evaporó y las últimas noches surgió desde abajo de la cama: apenas visible su mano delgada, con sus prominentes nudillos y uñas resquebrajadas que no parecían ser suyas, con ese azul venéreo recorriéndole la piel y ese frío fatídico alrededor de su mano. A veces sobresalía el brazo completo, pero eran pocas. Yo no tenía la energía suficiente como para agacharme y verla, y menos aún para tocarla. Simplemente la miraba y anhelaba que no se moviera, ni un milímetro, llegando incluso a no pestañar para no perderle los movimientos. Era lo único que deseaba: que no se extendiera del espacio que mantenía, porque el miedo era portentoso y tenía el dominio de someterme a su disposición. Así, con los ojos secos y la garganta pávida, el sueño me aplacaba. O parecía, porque de día me dormía en la escuela, en el club e incluso jugando. Pero eso ocurría de día, porque el cuarto y las sombras encerraban algo sobrenatural dentro de sus desmedidas fauces.

Toda noche tiene su noche definitiva para que se desenvuelva, y la mía llegó aproximadamente a los cuatro meses, por lo que una noche apenas abrí los ojos ella estaba a los pies de mi cama, en cuclillas, con agitaciones espasmódicas que le inferían una tonalidad espectral, apenas dejando entrever una sonrisa en su deslucida boca. Inhalaba afanosa y dejaba exhalar su

halito de muerte y podredumbre, mientras distinguía en su rostro las delgadas líneas de las venas reseca y las arrugas de su piel contraída. Estiró su mano con lentitud y la apoyó sobre mi pie, que se encontraba bajo las sábanas y las frazadas, y lo sostuvo con una fuerza demoníaca. No atiné a ejercer resistencia alguna, por lo que se agachó sobre este y abriendo la boca clavó sus labios en el pie. Y empezó a succionarlo. Una helada invadió mi cuerpo y quise deshacerme, pero oprimió con mayor ímpetu. Vi a mi madre en esa anormal posición, dañándome, por lo que volví a ejercer mis intentos. Traté de gritar, pero mi garganta estaba muda, brotando solo un hilo de angustia, hasta que de un fuerte sacudón me desprendí y con rapidez le tiré las sábanas encima, a la vez que reparaba en como mi pierna comenzaba a engangrenarse con hematomas, cáscaras hediondas después, y posteriormente con larvas nutriéndose dentro de ella. Sentí desmayarme, pero antes que ello sucediese me acorralé al borde de la cama y, de mi turbación, a cuentagotas brotaron mínimas palabras frente a la inercia presente que contenía en su interior la inestabilidad excelsa de la estupefacción. Solo emití llorando, *Má, ¿que te pasa? ¿Sos vos? Má, te quiero.* En lágrimas la destape con pesadez y allí estaba, obnubilada en su propio vómito y llorando con sus ojos marrones pinceladas de sangre, entre temblores y sudor, en tanto que su fuego evaporaba el frío que la recorría. La habitación en un instante se recalentó y descubrió un rosario de entre sus manos al rojo vivo candentes, y sus muñecas, sus muñecas laceradas. En cuanto a sus pies... ellos no estaban, nunca estuvieron, pues solo sobresalían pequeños muñones apenas visibles tras el camisón. Mirando a su alrededor percibí que la luz no envolvía esta vez mi cama, sino que, en la profundidad de la noche se había trasladado hacia el ropero dando, si esta posibilidad era válida, que ella alcanzase mi cama.

La lástima suplió al terror y más aún al verle la espalda rasgada con pavorosas cicatrices como efectuadas por azotes y demás torturas. Mi madre estaba enferma. La observé unos segundos y traté de acercarme, pero ella nuevamente incrustó entre nosotros su brazo ponzoñoso y murmuró muy despacio, pero que el silencio permitía oír, que solo venía para decirme que me amaba. Así, sin más, derramó sus ojos hasta los míos y se disipó. Quedé, ante la oscuridad y la habitación,

completamente perplejo. Cuando desperté ningún vestigio quedó de ella, solo sus ojos esbozados en un cuadro y en la niebla, aquella niebla que cubre todavía ciertas facetas de mi infancia.

Con el tiempo trato de hilvanar dichos sucesos y mi madre, al pretender interferir en la realidad para decirme que me amaba, trató de evadir la muerte que la había arremetido súbitamente. Ciertos desvíos entre el cielo y el infierno no están abiertos para todas las almas ambulantes, y mi madre, sabedora instintiva como toda madre de cómo llegar a su hijo, trató de beneficiarse con alguno de esos senderos para que yo, niño decepcionado, supiese lo que vino a decirme. Pero las garras celestiales que tienen el don de la oclusión y sus anversos, la trasfiguraron para que no obtenga sus deseos, es más, que los desfigure, y así con su sola presencia sería considerada una simple pesadilla, ya sea de perdida o de ausencia. Sin embargo esa sombra de ausencia, esa sombra resquebrajada en lo que querían que varíe ella lo soslayó a raíz de lo inconmensurable, mas allá de los castigos exacerbados por el azufre y contra la idealización de convertir su figura en un ente tenebroso que aterrorice a su hijo. Finalmente se impuso a la muerte que con su guadaña quiso fenecer con su imperecedera vida.

En estos momentos mi madre descansa en paz.